

¿Forman una nacion con la que se puede tratar? Sí.

¿Tienen las condiciones sociales que pide el derecho político para ser reconocidos por las demás naciones? Sí.

¿Es posible libertarlos sin perturbar el mundo, sin dividirse, sin tomar las armas, sin poner en peligro la existencia de la Turquía? Sí; y eso en el espacio de tres meses, con un solo despacho colectivo, firmado de las grandes potencias de Europa, ó con despachos simultáneos que expresasen el mismo voto.

¡Quién no quisiera firmar con su sangre tales documentos diplomáticos!

Se ha discurrido aquí con un ánimo de conciliacion, con el designio y la esperanza de que reinase una armonía completa entre las potencias; porque á la verdad, no se necesita un concierto general entre los gabinetes, para la emancipacion de los griegos: una sola potencia que reconociese su independenciam, produciria su emancipacion. ¿Se interrumpiria toda comunicacion entre aquella potencia y las diferentes cortes?

La Grecia se levanta heróicamente de sus cenizas; no necesita sino una mirada benévola de los príncipes cristianos para asegurar su triunfo. No se acusará ya su valor, como se complacen sus enemigos en calumniar su buena fe. Léase en las relaciones hechas por algunos soldados franceses que entienden bien las materias del valor; léase la relacion de esos combates en que ellos mismos han derramado su sangre, y se reconocerá que los hombres que hoy habitan la Grecia son dignos de pisar esta tierra ilustre. Los Canaris, los Miaulis, en Mycala y Salamina, hubieran sido reconocidos por verdaderos griegos.

La Francia, que ha dejado tantos grandes recuerdos en Oriente, que vió á sus soldados reinar en Egipto, en Jeru-

salen, en Constantinopla y Atenas; la Francia, hija primogénita de la Grecia por el valor, el ingenio y las artes, contemplaría con satisfacción la libertad de esa noble y desventurada nación, y formaría en su favor una cruzada piadosa. Si la filantropía alza su voz en favor de la humanidad; si el mundo sábio, lo mismo que el mundo político, anhelan ver renacer á la madre de las ciencias y de las leyes, la religion tambien pide sus altares en la ciudad en que San Pablo anunció al Dios antes no conocido.

¡Qué honor para la restauracion, unir su época á la de la libertad de la patria de tantos ilustres varones! ¡Con qué alegría se vería á los hijos de San Luis, apenas restablecidos sobre su trono, hacerse al mismo tiempo los libertadores de los reyes y de los pueblos oprimidos!

Todo va bien en los asuntos humanos cuando los gobiernos se ponen delante de los pueblos y los preceden en la carrera que esos pueblos han de correr.

Todo va mal en los asuntos humanos cuando los gobiernos se dejan arrastrar por los pueblos.

Nosotros, simples individuos, redoblemos nuestro celo en favor de la suerte de los griegos; protestemos en su favor á la faz del mundo; peleemos por ellos; recojamos en nuestros hogares á sus hijos desterrados, despues de haber en otro tiempo hallado la hospitalidad en sus ruinas.

Esperando dias mas felices, solicitamos de la munificencia pública y recibimos al mismo tiempo de ella lo que nos envia de todas partes para nuestros ilustres suplicantes. Damos gracias á esa juventud generosa y brillante, que dedica á socorrer la desgracia el dinero que roba á sus placeres. ¡Sabemos lo que vale esa juventud francesa! ¡Qué no se podria hacer con ella, hablándole su lenguaje, dirigiéndola, sin detener la inclinacion de su ingenio! Siempre

dispuesta á sacrificarse, siempre dispuesta á hacer decir á un nuevo Pericles: “¡El año ha perdido su primavera!”

Debemos tambien manifestar nuestro agradecimiento á los oficiales de todas armas, que vienen á ofrecernos su experiencia, su brazo y su vida. Tal es el poder del valor y del talento, que unos pocos hombres pueden inclinar la victoria al lado de la justicia, ó deteniendo á la mala fortuna, dar tiempo á que llegue una mediacion que deben desear todos los intereses.

Cualesquiera que sean las determinaciones de la política, la causa de los griegos se ha hecho una causa popular. Los nombres inmortales de Esparta y de Atenas parecen haber interesado al mundo entero; en todas partes de Europa se han formado sociedades para socorrer á los griegos; sus desgracias y su valor han unido á todos los corazones en su favor. Hasta de las orillas del Indo, hasta del fondo de los desiertos de América, vienen votos y donativos: este reconocimiento del género humano pone el sello á la gloria de la Grecia.

